

RETRATO

DEL

CONDE-DUQUE DE OLIVARES.

DE

Don Diego Velazquez de Silva.

Le presentó armado con coraza de bruñido acero, tachonada con adornos de oro, erguida la cabeza, con sombrero y plumas á la chamberga, volviendo el rostro hácia el lado izquierdo con marcial talante y arte lisongero, para disimular lo giboso de la espalda del conde; rica valona de encajes de Flandes, banda pendiente del hombro derecho con pomposo lazo en el lado opuesto, y de su tahalí la ancha y ponderosa espada; montado con afectada gallardía, y con gregüescos recamados de oro, en un arrogante y brioso alazan roano, que dirige con la mano siniestra, teniendo en la derecha levantado el baston de general. El caballo está en corbeta, firme en las piernas, con los brazos levantados y en perfecto equilibrio con la actitud del ginete: parece ser uno de los que criaba en Córdoba el marques de Priego, y describió el célebre racionero de aquella catedral Pablo de Céspedes, insigne pintor y sabio anticuario, en su apreciable poema de la pintura.

Hubo de pintarle Velazquez por el natural, despues de haber leído los versos llenos y sonoros del poema, porque convienen en un todo con las bellas formas, postura y brio de la hermosa bestia, como se puede comprobar en la presente estampa con las siguientes octavas:

Que parezca en el aire y movimiento
La generosa raza dó ha venido;
Salga con altivez y atrevimiento,
Vivo en la vista, en la cerviz erguido:
Escribe firme el brazo en duro asiento
Con el pie resonante y atrevido

TOMO II.

Animoso, insolente, libre, ufano,
Sin temer el horror de estruendo vano.

Brioso el alto cuello y enarcado,
Con la cabeza descarnada y viva:
Llenas las cuencas, ancho y dilatado
El bello espacio de la frente altiva:
Breve el vientre rollizo, no pesado,
Ni caído de lados, y que aviva
Los ojos eminentes: las orejas
Altas sin derramarlas, y parejas.

Bulla inchado el fervoroso pecho
Con los músculos fuertes y carnosos:
Hondo el canal, dividirá derecho
Los gruesos cuartos limpios y hermosos:
Llena l' anca y crecida, largo el trecho
De la cola y cabellos desdeñosos:
Ancho el güeso del brazo y descarnado
El casco, negro, liso y acopado.

A larga distancia se divisan bosquejados en la escena el fingido polvo que levanta el ejército en batalla y el humo de los mosquetes: con lo cual dió Velazquez ensanche á su imaginacion, y al bien entendido manejo de sus pinceles, espresando en confuso el furor de los combatientes con diferentes y violentas actitudes, y con una vaghezza inimitable. Episodio que hubo de escitar á Don Diego á tocar y reanimar mas y mas su caballo, observando lo que añade Céspedes en esta otra octava:

Si de lejos al arma dió el aliento
Ronco la trompa militar de Marte,
De repente estremece un movimiento
Los miembros sin parar en una parte:
Crece el resuello, y recogido en viento,
Por la abierta nariz ardiendo parte:
Arroja por el cuello levantado
El cerdoso cabello al diestro lado.

Lo restante de este cuadro, del cielo en sus blandas nubes, del terreno con sus árboles y arbustos; y de las lontananzas con sus vapores, está ejecutado con la acostumbrada maestría y ligereza de su autor. = J. A. C. -- B.

Con mucho placer insertamos el siguiente artículo comunicado, dirigido á reparar una equivocacion cometida por nosotros hace cerca de tres meses: bien conocerán nuestros lectores que si esta correccion no tiene el mérito del *á propósito* (aunque siempre lo es para decir la verdad) tiene á lo menos el de ser justa y señalar uno de los muchos hechos en que se funda la justa reputacion de protector de las artes que ha dejado al mundo nuestro difunto Monarca D. Fernando VII (Q. E. E. G.) Tambien celebramos mucho que llegue á noticia del público la parte que tuvo el difunto duque de S. Fernando en la realizacion del proyecto de erigir una estatua á Cervantes, y el celo y desinteres con que propuso erigirla á costa de toda la Grandeza, como sin duda se hubiera ejecutado á no haber tomado la iniciativa en esta noble empresa, la Real munificencia del Soberano. En nosotros hallarán siempre unos sinceros panegiristas todas las buenas acciones que hagan honor al carácter de un español, cualquiera que sea su rango en la sociedad.

Por esta misma causa, y sin disminuir en lo mas mínimo la parte que tuvo el Señor duque en dicho proyecto, debemos declarar que nadie, escepto el mismo Señor Solá, se ocupó con mas empeño en la estatua de Cervantes y en suministrar al escultor todos los medios necesarios para llevarla á cabo que el difunto Comisario general de cruzada: de esto podemos salir garantes, pues algunos de los redactores del *Artista* fueron de ello testigos oculares. Justo nos parece sin embargo cómo al autor del artículo comunicado, que se le dé á cada uno lo que es suyo: por eso nos apresuramos á insertar en nuestro periódico sus breves reflexiones, despues de asegurarle, igualmente que á todos nuestros lectores, que no pueden hacernos mayor favor que el de rectificar cualquiera error que encuentren en nuestras columnas, pues nuestro objeto no es ni puede ser otro que el de obtener en todo caso la aclaracion de la verdad.

COMUNICADO.

SRES. REDACTORES DEL ARTISTA.

Muy señores míos: confiando en la imparcialidad propia de VV. el que desharán una equivocacion cometida, sin duda por mal informados, en su apreciable periódico, tomo primero, página 205, artículo que trata de la estatua de Miguel de Cervantes, y firmado E. de O; paso á rectificar el hecho, aprovechando la oportunidad de la colocacion de aquella, adonde ha sido destinada.

En el referido artículo copian VV. un elogio de dicha estatua, hecho por Salvatore Betti, secretario de la insigne y pontificia academia romana de S. Lucas, en el que dice, «que aquella obra, fue encomendada por el difunto rey D. Fernando VII.» Aqui ponen VV. una llamada ó una nota abajo, que es como sigue: » En esto ha padecido equivocacion el articulista romano: quien encargó la estatua al Sr. Solá con la aprobacion del rey, fue el difunto comisario general de cruzada, Excmo. Sr. D. Manuel Fernandez Varela: y he aqui justamente el error que pretendo rectificar.

El articulista romano no padeció equivocacion ninguna, y sí el articulista madrileño en su nota. Probablemente el caballero Salvatore Betti antes de escribir su elogio, se informaria del mismo autor de la estatua, por quien le habia sido encomendada, quien le contestaria necesariamente lo que VV. han creido equivocacion. Habiendo sido yo mismo testigo ocular de cuanto se trató y pasó, para llevar á cabo la egecucion de aquella, puedo referirlo con completa seguridad.

Cuando vino el Sr. Solá á esta capital á traer su tan conocido y apreciado grupo de Daoiz y Velarde; el difunto duque de S. Fernando, á cuya casa vino á hospedarse, le manifestó lo empeñado que estaba en que no volviese á Roma, sin llevar el encargo de la estatua de Cervantes, de quien era el duque admirador entusiasta, y de la que ya le habia hablado en Roma en el año 25, que fue

cuando conoció al Sr. Solá. A este fin trató el duque de pedir permiso á S. M., para abrir una suscripcion entre la Grandeza que llenase aquel objeto, y se presentó al efecto al Sr. D. Fernando VII, contestándole S. M., que él mismo la mandaria hacer á su nombre. Entonces se pasaron las órdenes para que de los fondos de Cruzada le fuesen facilitados al Sr. Solá los que hubiese menester para la ejecucion de su obra; y he aquí toda la parte que el antiguo y difunto Sr. Comisario Don Manuel Fernandez Varela ha tenido en la hermosa estatua, que con tanto gusto contemplamos los indignos apreciadores del genio inmortal de aquel célebre escritor, adornando uno de los principales sitios de esta capital, adonde tanta falta hacen monumentos por este estilo.

El deseo de dar á cada uno lo que es suyo, me ha movido á hacer esta aclaracion, y no pretendo disminuir en un ápice la buena memoria que tan justamente adquirida dejó el difunto Sr. Comisario por la proteccion que á las artes dispensaba, y que yo tambien respeto: mas repito, que como testigo ocular de cuanto llevo referido, puedo salir garante de su verdad, y de la que atestiguo con el mismo Sr. Solá. Diré tambien en obsequio y honor de este distinguido artista, con cuya amistad me honro, y á quien aprecio por sus cualidades y talentos, que llevado tambien de su pasion al ingenio de Cervantes, ofreció hacer *gratis* un busto de éste y una lápida de mármol con una inscripcion, para ser colocados encima de la puerta de la casa de aquel, y adonde despues se puso el bajo-relieve y lápida que hoy vemos.

He de merecer de VV. Sres. Redactores que, perdonando mi importunidad, dén lugar en su apreciable periódico á estas mal redactadas líneas, que no tienen otro objeto que poner en claro un hecho histórico para las artes.

Queda de VV. Sres. Redactores su apasionado suscriptor = JAVIER LOSADA.



La vuelta del Cid.

Deja la playa agarena
Y cruzando el ancho mar,
A los pies de su Jimena
De placer el alma llena
Torna el valiente Vivar.

Desgarra el fuerte infanzon
Con ferrada espuela dura
Los hijares al troton;
Cubre el polvo su creston
Y su fúlgida armadura.

Los campos atrás ya mira
Que el mar del Africa baña:
Y azorado el Cid suspira
Cuando el aura, en fin, respira
Del bello jardin de España.

Saluda gallardo el Cid,
Valencia, tus altos muros
De cuyo seno en la lid,
Arrojó fuerte adalid
A los árabes impuros.

La noche su oscuro manto
De un polo á otro polo tiende:
Y el ave nocturna en tanto
Con su monótono canto
El aire enlutado hiende.

Llorosa beldad appena
Postrada al pie de un altar
Descubre Luna serena:
Véla el Cid.... de su Jimena
A los pies está Vivar.

Y así la dice:— «Mi vida
Piadoso el cielo escuchó
La plegaria repetida
Que tu ausente, ó mi querida,
Tantas veces suspiró.

» Da á tu amante caballero
Una mirada de amor:
Y de la noche el lucero
Alumbra, hermosa! el primero
Y apetecido favor.

*

» La palabra que me diste
En tu hermoso pecho graba,
Cuando con acento triste
A tu Rodrigo digiste
Que á la guerra se ausentaba:

« De sangre mora teñido
» De las lides tornarás,
» Y en mis brazos recibido
» El de amor apetecido
» Dulce premio gozarás. »

Jimena sus brazos bellos
Al héroe adorado abrió:
Se arroja Rodrigo en ellos,
Y al punto amor ambos cuellos
Con blanda coyunda unió.

Y tú, solitaria luna,
Melancólica alumbrabas
De su amor la blanda cuna,
Y envidiabas su fortuna
Y entre nubes te ocultabas.

E. DE O.



Música.

¡POBRE MARÍA!!

Murió! — Sobre su tumba solitaria
Mi lábio exhala mística plegaria
Vierten mis ojos abrasado llanto,
Vierte la luna moribunda luz.....

Descansa en paz, María!
En esa tumba fría
Bajo el abrigo santo
De la cristiana Cruz!

Murió! — Contigo mi eternal consuelo!...
Despliega, hermosa, tu sereno vuelo
Y entre tus blancas alas me levanta
A la morada de almo resplandor.....

Entonces yo, María,
De llorar dejaría
Sobre la tumba santa
De mi perdido amor!

He aquí la pequeña composicion que, puesta en música, ofrecemos á nuestros lectores en el presente número. Inútil y hasta ridículo seria detenernos aquí á señalar las dificultades que ha habido que vencer al adaptar estos versos á música, dimanadas de la clase y diferencia de metros. Los inteligentes las advertirán desde luego sin necesidad de que se las indiquemos, y los no inteligentes no nos entenderian. Pero hemos creido que en obsequio al sentimiento que domina en esta poesia y á la buena eleccion de sus palabras se debia hacer un esfuerzo para vencer las dificultades que pudiesen ofrecer. Acerca de los recursos del arte á que hemos acudido para salvarlas y aun procurar, si posible fuese, convertirlas en causas de mayor efecto por su originalidad misma, tambien callarémos aunque por distinta razon. Es costumbre no hablar uno de sus propias obras y, aunque tal vez fundada en un falso principio, tan generalizada hoy, que se experimentaria cierta repugnancia á quebrantarla. Sin embargo, diremos francamente que nos parece casi tan ridícula como la que no ha mucho se hallaba tambien muy en voga, es decir, la de hablar mal de sí mismos los autores. ¿Quién no ha leído prólogos, prefacios é introducciones á centenares en que el autor protestaba que la empresa era muy superior á sus débiles fuerzas: que carecia del lleno de conocimientos necesario para llevarla á cabo con cumplido desempeño: que imploraba la benevolencia de los lectores para el disimulo de las muchas faltas que necesariamente habian de advertir... etc., etc?

Tal es la fuerza de la costumbre. Hombres del mayor mérito y á quienes no se les podía ocultar el de algunas de sus obras, las hacian preceder de esa sarta de mentiras, al paso que los lectores las recibian luego sin la menor estrañeza y sin pararse en las reflexiones que necesariamente parece debian motivar. ¿Cómo no decia cualquiera al leer semejantes prefacios; «Sr. autor, si V. no se cree con los talentos necesarios para desempeñar bien una obra, no la emprenda; si despues de hecha advierte que son muchos sus defectos, procure corregirlos, y por último, si su obra le parece mala, quédese con ella ó entréguela á las llamas, pues no hay ninguna precision de que la publique.» — En el día se calla, indicando con este silencio ó que el autor no sabe si su obra es mala ó buena, otra idea falsa, ó que no le toca á él hacer su elogio, modestia aparente que acaso examinada á fondo se hallaria no ser otra cosa que un efecto de pura vanidad; pero nos vamos separando demasiado de nuestro objeto, esponiéndonos á que los que leen tres ó cuatro renglones por página crean que él nos ha ocupado esclusivamente en un largo artículo y que nos tachen por ello de orgullosos.... Pero.... ¿y qué importa? Sin embargo, como ignoramos el número de aquellos y tenemos motivos para sospechar sea bastante considerable, lo mejor será ir al grano y evitar con esmero toda digresion.

Ya que la costumbre nos prohibe hablar del mérito de nuestra composicion, no diremos palabra sobre él; pero sí nos tomaremos la libertad de dar algunas esplicaciones acerca de su ejecucion, porque los conceptuamos de mucha utilidad para las personas que nos quieran hacer el honor de ocuparse en ella.

En primer lugar es preciso fijarse bien en los movimientos, el del Larghetto y el del Andantino: el autor no puede hacer mas que marcarlos exactamente por el metrónomo de Maëzel, como lo están. En seguida se pasará al estudio del acompañamiento, sin cantar. Este acompañamiento no exige fuerza alguna de ejecucion, pero sí mucho conocimiento; y no se puede tocar con toda exactitud y dándole el carácter sostenido y ligado que le es propio, sin el previo estudio de-

bido. Bien seguro ya el acompañamiento se pasará á lo principal, es decir, al canto. En este todo es pasion. La persona que reconcentrada en sí misma para poseerse bien de la situacion, y enterada á fondo de la espresion de las palabras, pueda pronunciarlas con el canto que les está asignado sin enternecerse, debe abandonar inmediatamente esta pequeña composicion del mismo mismísimo modo que abandonaria un poema escrito en lengua que le fuese desconocida. Esto no probará que la composicion sea demasiado sublime ni que la persona sea torpe ó insensible: nada de eso. Probará únicamente que el autor y la tal persona no hablan el mismo idioma, y que por consiguiente no se pueden entender. = S. DE M.

LA DESPEDIDA.

I.

No salgas por mi vida,

No salgas hoy, no, Febo:

Reposa embriagado

En tu azulado lecho

Y no doren tus rayos

La faz del universo.

La noche aunque sombría

Ya plácido contemplo

Porque ella me asegura

El bien que luego pierdo.

Mi bien es un amigo

Que en mi ardoroso pecho

De amores traspasado

Derrama su consuelo.

Mitiga mis pesares,

Me lleva al campo ameno

Y allí en coloquios dulces,

Que solo oye el jilguero

En la nevada rama

Del álamo derecho,

Le cuento mis amores,

Le digo mis intentos,

Él rie si yo gozo,
 Padece si padezco.....
 No salgas por mi vida,
 No salgas hoy, no, Febo,
 Que apenas el horizonte
 Oscuro y macilento
 Desnudo de las sombras
 Se vista con tu fuego,
 Yo pierdo un fiel amigo,
 Auséntase Marcelio.

II.

Ya sus luces	¡Oh que angustia
Febo ostenta	Tan terrible!
Y esto aumenta	¡Qué imposible,
Mi dolor.	Ver marchar
Es de día,	Hacia el Bétis
Y el momento	Donde mora
Del tormento	La señora
Ya llegó.	De mi afán,

Al amigo que en esta pradera
 Tantas veces me vido gemir
 Por Dolaura, la ninfa que habita
 A la márgen del Guadalquivir!

Ya dos lunas	No las flores,
Han corrido	Ni ya el prado,
Des que vido	Ni el pintado
Yo partir	Ruiseñor
Por tu puente,	Calmar pueden
Manso río,	Sin la muerte,
La que ansío	Fiera suerte,
Ver feliz.	Tu rigor.

III.

La puente de Toledo,
 Marcelio amigo, es esta;
 Aquella es la posada,
 Y mira allí la piedra
 Do dige á mi Dolaura
 Las últimas ternezas.
 Allí ven, caro amigo,
 Repose yo á tu diestra
 Y adios te diga donde
 Adios dige á mi bella.—
 Serénate.— No puedo!....

Yo siento que esta piedra
 Bañada de rocío
 Que á ti fría se muestra
 Me abrasa el alma.... creo,
 Y no es vana quimera,
 Que el céfiro suave
 Que mece en la pradera
 Del álamo las hojas,
 Con claridad remeda
 La voz de mi Dolaura
 Que dentro el pecho suena.
 Parece que su planta
 La veo aquí en la arena,
 Y el agua que salpica
 La fuentecilla fresca
 El llanto congelado
 Que yo vertí en mi pena.

IV.

Tu que al Bétis el paso encaminas,
 Ve á la orilla del Guadalquivir,
 Y á la ninfa Dolaura la dices
 Que el amor me conduce á morir.

Ay, amigo	Di á Dolaura
De mi vida,	La que adoro
Mi querida	Por quien lloro
Yo perdí,	Sin cesar
Y hoy privado	Que no siendo
De tu anhelo	Sus caricias
No hay consuelo	No hay delicias
Para mí.	Que gozar.
Tu dichoso	Tu en la ardiente
Que te acercas	Bella Gades
A las cercas	Mil deidades
Del vergel	Vas á ver:
Do reside	Goza, empero
La que el alma	No me olvides,
No halla calma	Ni descuides
Si no ve.	Mi querer.

¡Ay Alcide! el instante es llegado.—
 ¿Qué nublado de polvo es aquel? —
 Es el coche....—¡Feliz en tu marcha!—
 Un abrazo y adios.— Séme fiel....

M. ALCAIDE.

POBRE MARÍA!

Palabras de D. E. de Ochoa. — Música de D. S. de Masarnau.

$\text{♩} = 66.$
Larghetto
religioso.

P *legato.*

Mu - rió! — Sobresu tum - baso - li - ta - ria Mi labio exha - la mística ple -
 Mu - rió! — Contigo mi e - ternal consuelo! Despliega hermo sa, tu sereno

cres: *P*
 - ga - ria, Vienten mis o - - jos a brasado llanto, Vientela lu - na mo - ri - bunda.
 vue - lo, Yen tre tus blan - casa las me le - vanta Á la mo - ra - da de almo resplan -

cres: *P*
 luz..... Viente la luna mo ri bun - - da luz..... Des -
 - dor..... Á la mo - - rada de almo res - - plandor..... En -

Andantino con dolore. $\text{♩} = 108.$

- can - sa en paz Ma - ri - - a En e - - sa tum - ba fri - - a Bajo la - bri - go
 - ton - ces yo Ma - ri - - a De llo - - rar de - ja - ri - - a Sobre la tum - ba



R. Lit. de Madrid.

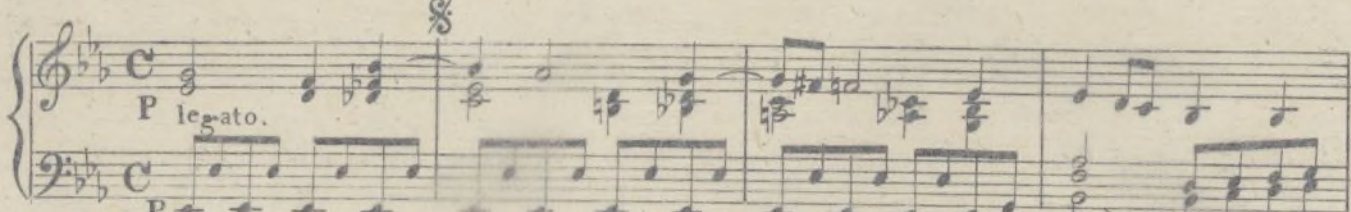
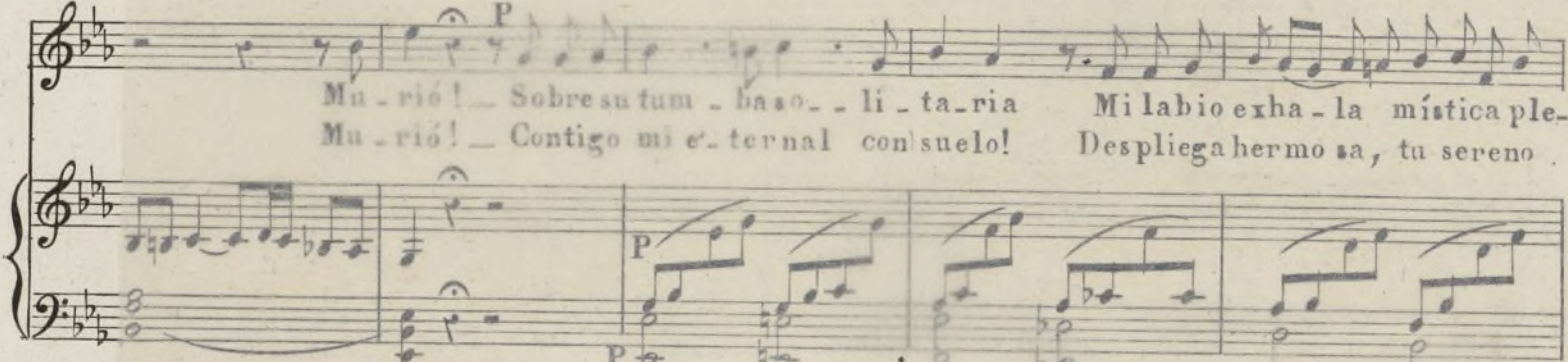
LA ANUNCIACION DE NUESTRA SEÑORA.

Disegno del D. Alonso Berruguete. (Salda.)

POBRE MARÍA!

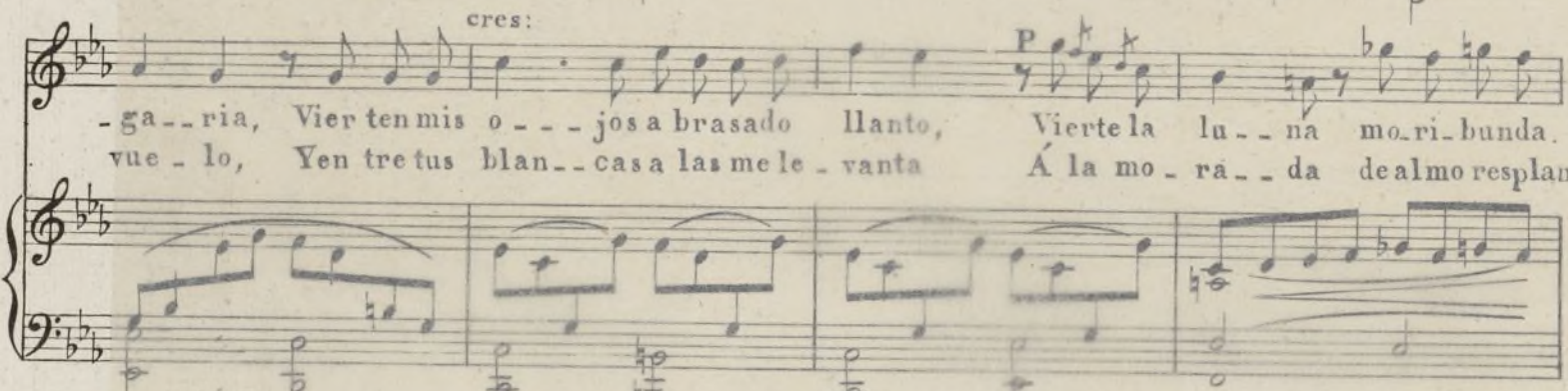
Palabras de D. E. de Ochoa. — Música de D. S. de Masarnau.

$\text{♩} = 66.$
Larghetto
religioso.

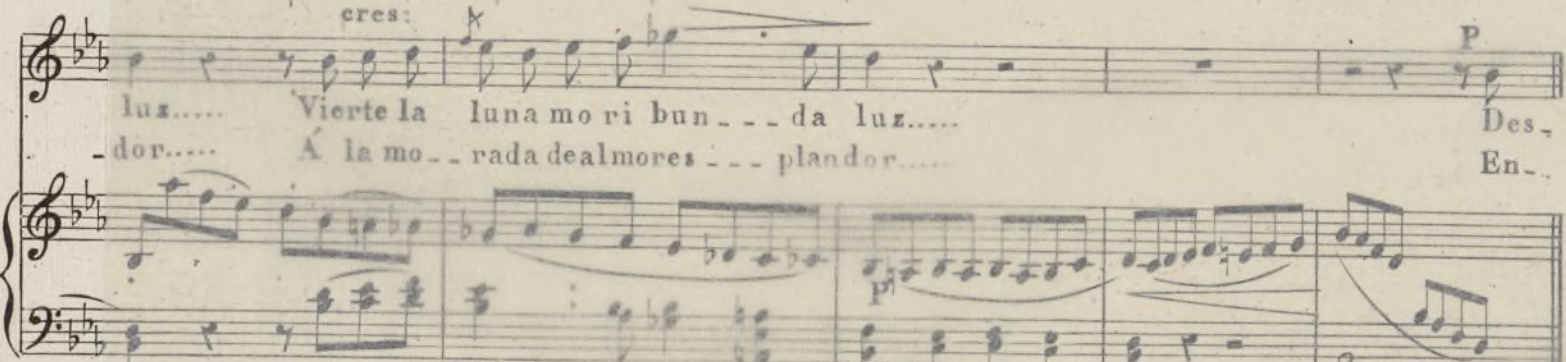
Mu-rió! — Sobre su tum- ba so- li- ta- ria Mi labio exha- la mística ple-
 Mu-rió! — Contigo mi e- ternal con- suelo! Despliega hermo- sa, tu sereno

cres:



- ga- ria, Vier ten mis o- - - jos a brasado llanto, Vierte la lu- - na mo- ri- bunda.
 vue- lo, Yen tre tus blan- ca sa las me le- vanta Á la mo- ra- - da de almo resplan-

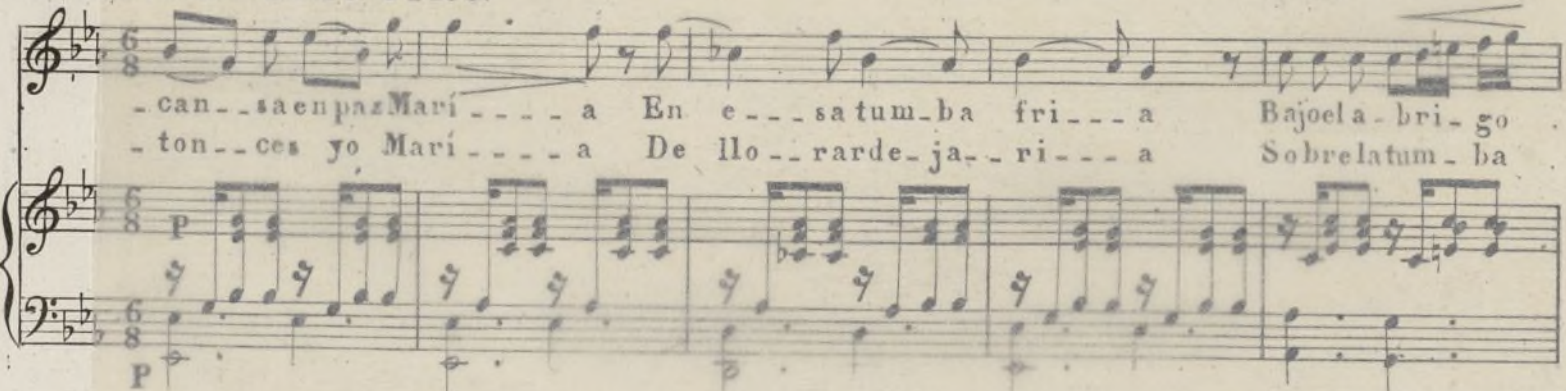
cres:



luz..... Vierte la luna mo ri bun- - - da luz..... Des-
 - dor..... Á la mo- - rada de almo res - - - plandor..... En-

morendo.

Andantino con dolore. $\text{♩} = 108.$



- can- sa en paz Ma- ri - - - a En e- - - sa tum- ba fri- - - a Bajo el a- bri- go
 - ton- ces yo Ma- ri - - - a De llo- - - rar de- ja- - - ri - - - a Sobre la tum- ba



R¹ Lit^o de Madrid.

LA ANUNCIACION DE NUESTRA SEÑORA.

Bajo-relieve de D^{no} Alonso Berruguete. (Toledo.)





san - - to De la cris - tia - - na cruz. Ma - rí - - a! Des -
san - - to De mi per - di - - do a - mor! Ma - rí - - a! En -

con passione.

- can - sa en paz Ma - rí - - - - a! En e - sa tum - ba fri - - a
- ton - ces yo Ma - rí - - - - a! De llo - rar de - ja - ri - - - a

legato.
cres: dim: P

Ba jo el a - bri - - go san - - to De la cris - tia - - na cruz.... Ba -
So bre la tum - ba san - - ta De mi per - di - - do a - mor! So -

cres: P

- jo el a - bri - - go san - - to De la cris - tia - - - -
- bre la tum - ba san - - ta De mi per - di - - - -

con abbandono

P P

na cruz.
do a mor!

1ª volta. 2ª volta.

tempo 1º

colla voce P al segno P P



La Muger Negra

6

Una antigua Capilla

DE TEMPLARIOS.

No temais nada, la vida no le falta todavía.

(COOPER.)

Uno de los mejores templos que se ven hoy en Castilla la Vieja, es el de Torquemada, villa situada á pocas leguas de Valladolid, entre esta ciudad y la de Burgos. Antes que éste se edificara servia de iglesia una capilla que llaman de Sta. Cruz. Ahora está á pocos pasos del pueblo, y sigue sirviendo de templo secundario. Fue obra de los caballeros Templarios, que la abandonaron muy poco despues de haberla levantado por sus fines particulares; y transcurriendo dias se hizo un objeto de veneracion y de pavor para el simple habitador de Torquemada. Se dijo que no todo era bueno en aquella capilla: que se oian ruidos subterráneos, y hubo quien añadió que le constaba estar habitada por malos espíritus. Estos rumores crecieron cuando D. Juan II de Castilla mandó cortar la cabeza de su condestable D. Alvaro de Luna, por quien los vecinos de Torquemada hicieron muchos sufragios. Contaron que se oian ecos lastimosos en Sta. Cruz; que corrian luces de una parte á otra, y que vagaban por la noche en sus cercanías sombras movibles; y otras fábulas á este tenor.

Al mismo tiempo apareció un ermitaño en la parte del pueblo opuesta á la en que estaba la capilla. Allí se acababa de levantar un santuario con el nombre de nuestra Señora de Valdesalce, cuyo cuidado se encargó á este ermitaño, que vivió algun tiempo con una vida ejemplar y siendo el ídolo de los vecinos de la poblacion.

De estos sucesos tan simples en sí y tan naturales, se sacaron mil cuentos inverosímiles y absurdos, que tuvieron motivo en las causas anteriores del acaeci-

miento que voy á referir, y que se conservó largo tiempo en la memoria de los aldeanos con el nombre de la *muger negra*.

Una muger misteriosa entraba, ya hacia algunas noches, en la capilla de Sta. Cruz, sin que nadie supiese quien era ni con qué objeto se presentaba allí. Algunos atrevidos y un poco mas despreocupados que los otros, se arriesgaron á seguirla, entrando en el templo algunos minutos despues que ella. No quedó rincón que no miraran, ni escondrijo donde no se introdujeran; pero la muger no pareció. Una hora antes de rayar el alba, esta dama incomprensible, salió de la capilla y desapareció entre la maleza de un bosquecillo ó mas bien dehesa cercana. ¿Cómo, pues, explicar este misterio? Entraba, salia, se la buscaba, y así se daba con ella, como si fuese un espíritu invisible. Los lugareños aterrados no osaban, despues de este acontecimiento, acercarse á Sta. Cruz desde que el astro del dia empezaba á debilitarse. El ermitaño de Valdesalce estuvo tambien algun tiempo sin dejar su habitacion, lo que contribuyó al aumento de su terror. El suceso de la *muger negra* empezó á tomar un aspecto muy formal. «El condestable, decian los aldeanos, era sin duda muy culpado; nuestras oraciones han irritado su alma.» — Otros hablaban de la *muger negra*, como de una bruja que tenia pacto hecho con el diablo, añadiendo unos que se les habia mostrado por la noche; y otros que volviendo de los azares del campo, la vieron bailar al anochecer alrededor de una seta, como decian lo practicaban las brujas: y algunas viejas contaban que la habian visto saltar con suma rapidez de unos en otros tejados, cantando por un tono en extremo lúgubre.

El ermitaño bajó por fin á visitar á sus queridos hermanos, como él llamaba á los vecinos de la villa. El semblante de este hombre era angelical, su porte agradable y cariñoso; llevaba una túnica de paño burdo ceñida á la cintura con una correa. Vagaban sobre su espalda los negros y rizados cabellos, y la barba crecia á su antojo, dando á su rostro varonil un carácter de magestad y nobleza que nunca desmintieron sus palabras ni sus hechos. La alegría de los aldeanos fué general cuando vieron bajar á su ermitaño. Corrieron á su encuentro, le contaron el suceso de la *muger negra* muchas veces, porque se les figuraba que aun no lo habia comprendido bien. Él escuchó su narracion con una paciencia imperturbable: les animó, les dijo no creyesen en cuentos de brujas ni en hechizos, que tal vez aquella muger fuese tan buena cristiana como por

bruja la tenían; y concluyó prometiéndoles que él mismo iría á descifrar aquel misterio. Los del pueblo que dieron muy pagados de la afabilidad del eremita, le dieron repetidas gracias y le acompañaron largo trecho fuera del lugar, retirándose despues con mas tranquilidad de la que habian tenido los últimos dias.

El solitario de Valdesalce esperó la venida de las sombras lleno de curiosidad: la idea de aquella muger extraordinaria le habia hecho gran impresion, y parecia hallar un presentimiento en su interior que le inclinaba á creer que era un ente bien desgraciado. Meditaba en las señales que le dieron de ella los del pueblo; dejaba escapar espresiones de compasion, hubiera querido descubrirlo todo en un momento. Mas no sabia que el cielo le preparaba una escena bien triste en la capilla de los Templarios.

La noche llegó desplegando á la vez todos los encantos que la acompañan en la estacion deliciosa de la primavera. La luna apareció suspendida en el puro azul de una atmósfera ténue, que parecia tener la virtud de aligerar la vida de los seres condenados á arrastrar unos dias cortos y desabridos sobre la tierra. Ayudándose con su pequeño báculo, descendía de su choza el eremita de Valdesalce, encomendando al Eterno, en duplicadas oraciones, el éxito del negocio que iba á emprender en favor de sus caros habitantes de la llanura: atravesó silencioso por medio de las sombras que proyectaban los edificios pequeños y groseros que se veian separados del resto de la poblacion; y al cabo de algunos minutos se arrodilló ante el altar de la capilla, á que no resolvian acercarse los lugareños. Acomodóse en un lugar estraviado desde donde pudiese registrar el espacio mas reducido del templo, y aguardó mas de una hora sin percibir el mas mínimo ruido.

Al cabo de este tiempo, la puerta que él habia cerrado detras de sí, se abrió lentamente con un prolongado mugido; la lámpara colgada delante del ara osciló débilmente y dió muestras de espirar, confundiendo asi los objetos de una manera horrorosa. Una muger de una figura interesante se adelantó hácia el presbiterio, y oró por algunos momentos. Iba cubierta con un ropage de seda negra que realzaba su cutis delicado, y convenia con su semblante abatido. Sus ojos lánguidos recorrieron velozmente la capilla, y dirigiéndose á la lámpara comunicó la llama á un largo hachon, que difundió una claridad trémula cuyo resplandor dió movilidad á los seres estacionarios por naturaleza. Dirigióse á un altar lateral, y separando una ligera tarima, dejó ver una

escalerilla de caracol, oculta bajo una pequeña trampa, por la que desapareció. La oscuridad volvió á tomar posesion de la capilla, porque la lámpara habia sido apagada por aquel ser fantástico. El eremita se dirigió á ciegas al sitio por donde se habia sumergido la *muger negra*, y entrando en la trampilla, empezó á caminar por las entrañas de la tierra. Despues de haber bajado algunos escalones, se adelantó por un callejon tortuoso, evitando cualquier ruido que pudiera producir en su marcha. Al paso que se adelantaba se aumentaba la claridad, y pocos pasos anduvo para encontrar otra segunda escalerilla que terminaba en una estancia subterránea mas estensa que la capilla. Un sepulcro servia de altar, al parecer, y algunos huesos estendidos por el pavimento mostraban bien eficazmente que sirvió un dia de cementerio á los hombres.

La muger prodigiosa se hallaba como en un éxtasis al pie de aquella tumba: su rostro estaba humedecido con algunas lágrimas; sus facciones se habian hecho gruesas y duras; la vista no cambiaba de direccion; en una palabra, todo indicaba estar entregada á un exceso vehementísimo de delirio. El eremita permaneció mudo de admiración y de terror á la entrada de este salon fúnebre. Dos veces estuvo tentado á volver atrás, pero una secreta curiosidad se lo estorbó, y permaneció oculto hasta ver el final de esta escena. La *muger negra* se levantó, se acercó más al sepulcro, y entregándose á un terrible frenesí, gritó con una voz robusta y mas que mugeril:

«¡Inés! ¡Inés! Hé aqui las cenizas de tus abuelos. Tu padre no está aquí. Los buitres han agitado sus plumas inflexibles sobre su cadáver, y han escondido la uñas y el pico en sus entrañas insepultas. ¿Quién dará cuenta de esto? ¡Inés! ¡Inés! ¡la maldicion de los padres es eterna: el parricida no reposa ni aun en la tumba!

El acceso de su furor se aumentó; temblaba de pies á cabeza; pronunciaba sonidos incomprensibles; agitaba en el aire la antorcha que tenia en la mano; finalmente, empezó á dar vueltas enderredor de aquella mansion de los muertos, y haciendo un movimiento rápido desde el extremo opuesto, corrió demente hácia la escalera de la capilla. Fijó sus ojos desencajados en el eremita, cogióle por la túnica y le condujo casi arrastrando hasta el pie del sepulcro. Allí agitó la antorcha segunda vez, la acercó al rostro del morador de Valdesalce, parecia quererle reconocer, y repitiendo mil gestos convulsivos, quedó en pie delan-

te de él como quien vuelve de repente de un letargo de muchas horas. Su semblante tomó otra vez su carácter lánguido; se sonrió débilmente, como por fuerza, y dijo:

—¡Ola! el ermitaño de Valdesalce ha venido á visitarme. Ciertamente, este sitio no es un palacio adornado con ricos tapices, pero la perspectiva de un sepulcro no debe serle tan desagradable.

Hasta entonces no habia percibido el solitario mas que la idea de un delirio tremendo, y de una muger criminal, mas cuando su semblante se serenó no vió en él sino una imágen de la desgracia; y sirviéndose del mismo lenguaje que habia usado aquella muger, la contestó:

—El ermitaño de Valdesalce ha oido que una muger misteriosa causaba terrores en los corazones sencillos de los aldeanos con sus apariciones nocturnas en la capilla de Sta. Cruz.

—¡Misterio! ¡Terrores! ¡Apariciones! repuso ella con admiracion marcada. No, no, os han engañado..... es una falsedad; Inés Chacon no se aparece..... Tocadla, su cuerpo es de la misma materia que los demas.

—¡Todo era aquí maravilloso, todo enigmático! El nombre de Inés Chacon produjo en el ermitaño un repentino temblor, sus ojos negros rodaron sobre sus órbitas, y no pudo articular por algunos momentos una sola palabra.

—El eremita se ha estremecido, dijo Inés. ¿Le aterran los gemidos de los espíritus que habitan aquí? Podemos abandonarlos cuando le plazca.

—Muger extraordinaria, los espíritus no me intimidan, pero tus palabras escitan en mí una idea mas horrible. ¿Quién eres? habla, te juro por las almas de tus antepasados un silencio eterno é inviolable.

—Pues bien, que el hombre de la soledad me escuche: no oiré de mis labios mas que verdad. Esto dicho, colocó entre dos piedras el hachon que tenia en la mano, y sentándose en unos escombros enfrente de él, hizo señal al ermitaño para que la imitase. Era por cierto una escena bien asombrosa ver á dos seres tan raros y tan distintos, conversando con aparente tranquilidad de las cosas de la vida, rodeados de los despojos del tiempo y de la muerte. Despues de un corto silencio empezó Inés su narracion con un tono lúgubre y enfático.

—Burgos me vió nacer. Mi padre fue el inseparable amigo del desventurado condestable, que perdió ha poco la privanza del príncipe D. Juan, con la cabeza, y su caida arrastró tras sí á nuestra corta fami-

lia: diez y siete veces habia visto despojarse los jardines de sus flores, siguiendo en este tiempo la fortuna de aquel favorito del rey de Castilla, cuando Don Rodrigo de Aguilar, poderoso caballero de Aragon, se atrevió á fijar sus ojos en la orgullosa frente de Inés. Le amé; ;demasiado me pesa! ya es tarde. Mi padre iba á salir desterrado de la corte, cargado con toda la indignacion de un príncipe caprichoso; en este momento critico, D. Rodrigo ofreció á mi padre un asilo seguro en su fortaleza de Aragon; se obligó á mantener mi familia en el antiguo fausto y ostentacion, y concluyó con pedirle mi mano, lo que mi padre le negó abiertamente.

Yo ignoraba que D. Rodrigo era un jugador, un impío cargado de deudas y de vicios, que ocultaba por medio de virtudes aparentes. Ciega de amor, traté de impostor á mi padre infeliz, y le anuncié que lo creia todo una odiosa suposicion suya, para no permitirme dar el nombre de esposo al aragones, y disfrazar así su odio contra los que siguieron otras banderas que las del condestable.

El infame Rodrigo facilitó, á pesar de mi padre, una entrevista con la alucinada Inés. Tuvo en ella valor para proponerle la fuga. Despues que nuestro matrimonio esté concluido, me dijo, vuestro padre cederá, y lo dará todo por bien hecho. Mi pasion abominable pasaba los límites del verdadero amor, yo estaba frenética, y mi padre por otra parte me prometía un porvenir nada lisongero. ¿Lo creereis? consentí en habitar con él en su castillo de Aragon, y con esta idea que me alhagaba, ahogué en mi corazon el cariño filial. A la media noche salimos de Valladolid, seguidos de tres criados bien apercibidos y valientes. Todavía veíamos las veletas girar en las torres de los templos de la ciudad, al débil brillar del astro nocturno, cuando un bizarro caballero, armado de punta en blanco, se opuso en medio del camino por donde debiamos pasar. Calada la visera y la lanza baja en brioso continente, acometió á Rodrigo, cuyo caballo menos fuerte que el del incógnito midió la arena con su cabalgador. Nuestros criados cercaron al vencedor, el cual cubierto de heridas sucumbió despues de una porfiada lucha. ¡Insensata! yo me daba el parabien de su ruina; de la ruina de mi padre! Abrió un momento sus moribundos ojos, y fijándolos en su execrable hija, exclamó: «Pluguiera al cielo que vivieras maldita sobre la tierra, y que tus infames amores.....!! no acabó. Sus fuerzas le hicieron traicion; la voz espiró en sus fauces, y yo me alejé,

sin saber lo que hacia, de aquel espectáculo de barbarie. —

Aqui se detuvo Inés, y derramó algunas lágrimas á la memoria del que la dió el ser: pareció quererle entregar á otro acceso de delirio, mas recobrando el espíritu, prosiguió: — Este golpe se borró pronto de mi memoria entre las caricias infernales de mi pérfido esposo, que despues de haberse burlado á su sabor de la crédula Inés, me encerró en un calabozo de su castillo, donde me dió la noticia de la muerte de mi padre. Pero un conserge que él creia de su confianza le vendió, y me dió la libertad. Convencida de que nada adelantaria con querer vengarme, sino hacer mas patente mi deshonor, vine á concluir mis dias cerca del sepulcro de mis abuelos. Ese bosquecillo cercano me oculta durante el dia, y mientras el hombre paga el tributo del descanso á la naturaleza frágil, doy rienda á mi dolor en este miserable sitio. La maldicion de mi padre, venerable ermitaño, resuena sin cesar en mis oidos, y la última noche he creido ver su sombra indignada que se alejaba de esta capilla.

Aun tengo otro secreto que revelaros. Mi vida acabará muy pronto; tomad, esta joya se la hallaron á mi padre sus asesinos entre la coraza; (Inés mostró una cruz de oro guarnecida de magnífica pedrería.) Iba unida á un billete para su único amigo, de quien es propiedad; debia de haberle acompañado en su destierro. ¡Quizá le habrá seguido al sepulcro!...

— ¡Todo lo sé ya!! exclamó el ermitaño, tomando en sus manos la cruz que Inés le presentaba. ¡Dios mio! Para esto he vivido hasta hoy! Oh mi fiel Gonzalo.....!

— ¡Qué, sois vos! dijo la jóven frenética. Hernando de Sese, el apoyo de mi padre, se cubre con la túnica del ermitaño de Valdesalce! ¡Si, si, todo es horror en la tierra, y la maldicion paternal pesa sobre mí con todo su vigor!!!

Mientras un torrente de lágrimas bañaba el rostro del sensible Hernando, el delirio se apoderó de Inés, y tomando carrera desde la mitad del subterráneo, intentó estrellarse contra aquellas paredes revestidas de cráneos humanos. Hernando de Sese corrió á estorvar el fatal proyecto, pero un nuevo prodigio detuvo á la jóven en su desesperada corrida. El centro de la tierra gimio; la losa de la tumba cayó al suelo resbalando por sus bordes, y un guerrero armado de todas piezas se levantó como un espectro, en medio de ellos. La cruz roja de Santiago resplandecía en su pecho, y resaltaba mas colocada en su coraza cubierta de negro pavon. Un

penacho oscuro flotaba sobre el almete, como un funesto grajo que revolotea en torno de una torre enlutada por la muerte de su señor.

Entretanto que Inés y Hernando permanecian inmóviles, sobrecogidos de un estupor indefinible, la mano del caballero aparecido alzó la visera; y mostró un semblante noble, en que luchaban á la par la angustia y la indignacion. «No temais, dijo con una voz tétrica, ¡vivo todavia!»

— ¡Vive todavia! repitieron á un tiempo Hernando é Inés.

— Si, vivo todavia, replicó el caballero; (en quien ya se habrá reconocido á Gonzalo) los asesinos no acabaron con mi existencia, y cuando volví del profundo letargo en que me dejaron sumergido, me hallé en una habitacion desconocida, donde la caridad de una virtuosa muger me puso en el estado en que me veis. Allí supe la fuga de mi amigo Hernando, y determiné buscarle para vengar el ultrage hecho á mi familia por el impío D. Rodrigo. Aguardando la ocasion de descubrirme al ermitaño de Valdesalce, encontré el asilo de mi hija infeliz, y pensé hacerla caer en mi poder, ocultándome en un segundo subterráneo que tiene entrada por ese sepulcro.

Iba á contestar Hernando, pero un gemido prolongado que se oyó á sus espaldas no se lo permitió. Inés estaba entregada de nuevo á otro delirio mas vehemente que los dos primeros. En vano su padre la estrechó en sus brazos, la prometió su perdon, y la llamo repetidas veces su hija, su querida hija. Una fiebre ardentísima la consumía por instantes: hacia contorsiones y gestos repugnantes, y entre las bascas de su furor se la oia repetir con frecuencia ¡Maldicion! ¡maldicion! y un gemido histérico y espantoso terminaba sus ecos de demencia.

Durante esta escena el hachon se consumió enteramente, y mientras Hernando subia á buscar algunos vecinos de su confianza que diesen un asilo provisional á aquellos desventurados, Inés desasiéndose de repente de los brazos de su padre, se hizo pedazos la cabeza contra el sepulcro. La última llamarada de la antorcha mostró al triste Gonzalo el cerebro de su hija esparcido á su alrededor, y un grito de desesperacion se propagó por las bóvedas del subterráneo, resonando hasta en la misma capilla.

Un momento despues bajó el ermitaño acompañado de aldeanos que traian hachas encendidas. Pero no fueron mas que las antorchas que alumbraron un las-

timoso funeral. Gonzalo Chacon siguió el ejemplo de su hija frenética, y había espirado abrazado con su cadáver al pie del sepulcro de sus abuelos.

Ya no existe este subterráneo, pero se conserva intacta la Capilla de los templarios.

JOSÉ ZORRILLA MORAL.



TOLEDO.

BAJO-RELIEVE

DE D. ALONSO BERRUGUETE.

Toledo, tan famosa por sus antiguos hechos, no lo es menos por los hermosos monumentos que bajo su anciana capa de color ceniciento conserva para la delicia del artista. El ser pensador que no se contenta con ver una calle nueva toda de mezquina arquitectura, ni una miniatura hecha á punta de pincel encerrada entre cuatro trozos de madera dorada, ni se satisface con vivir en una habitacion bonita y reducida donde sus amigos por la noche en el brasero se cuenten los descubrimientos artísticos de otros, busca las artes en todo, se recrea en ellas aunque sea á costa de inquietudes y vigiliás, y allá en un rincon de la antigua catedral de una ciudad olvidada, pero siempre romántica, descubre el supulcro de D. Alvaro el Condestable,

y no pasa por bajo de dos bóvedas tan solo sin que encuentre entre aquellas elevadísimas columnas otro monumento débilmente iluminado por los pintados vidrios de una claraboya. Parece increíble que Toledo solo sea conocido por muy pocos españoles y algunos extranjeros. — Sus hijos mismos no le conocen. — ¡Toledo! el huracan ha bramado siglos enteros sobre su cabeza gris, y el polvo arremolinado sobre sus escombros ha cubierto los sulcos del cincel! — Pues allí mismo, en la antigua Sta. María, al lado de la puerta de los leones, y encerrado en una tosca reja de hierro se vé al pie de un sepulcro un admirable bajo-relieve, ejecutado en mármol, que revela la mano del famoso Berruguete.

La estampa que acompaña á este número es la obra de que hablamos.

Alonso Berruguete, segun la opinion comun, fué el que introdujo en España la verdadera proporcion del cuerpo humano; ¡qué mucho! Se habia formado en Florencia á la sombra del coloso Miguel Angel: habia tenido por compañeros á Andres del Sarto y á Bachio Bandineli; y en la antigua Roma habia snfrido, contemplando sus vestigios, la fiebre del entusiasmo!

Dos figuras solas hay en este bajo relieve. Una muger tierna y hermosa arrodillada en un reclinatorio acaba de ser interrumpida en su oracion por un ángel. Su postura candorosa, la pureza de su semblante, su modestia, la señalan como la vírgen elegida para madre de Dios, y la actitud de sus manos declaran la sorpresa que le causa en su humildad el honor á que vá á ser elevada. El ángel es bellísimo, su actitud graciosa: sus dos grandes alas aumentan la sublimidad de su cabeza, y tanto su dibujo como el de la Vírgen nada dejan que desear. El brazo del parainfo que lleva la banda con el *Ave María*, el perfecto encage de su cuello en los hombros, y el modo de plegar su tunicela, es lo que mas recuerda la escuela Florentina. El ropage de la Vírgen y su actitud graciosa son dotes arrebatados á la escuela de Rafael.

Muchas obras de Berruguete posee la catedral de Toledo. Esta es una de las mas bellas; y siendo así ¿en qué consiste que tan pocos la conocen?

Que es una afrenta para los españoles poseer bellos monumentos; porque con ellos es indisculpable la ignorancia. — La veneracion que prestan los toledanos á su *transparente*, á sus *claustros* y á sus *gigantones* teniendo bellísimos sepulcros, portadas admirables, y bajo-relieves y cuadros de mucho mérito, es cosa que no se puede explicar sin admitir que el mal gusto en las artes es una peste cuyos miasmas hacen mas impresion en las almas comunes que la armonía de la belleza y el buen gusto. — P. DE M.

ANGELO.

Con estas misteriosas palabras con que se ha anunciado este drama en los carteles de teatros explica el gran poeta Victor Hugo el pensamiento fundamental de su obra y á fé que para penetrar su verdadero sentido, es preciso estar muy familiarizado con el genio peculiar de este escritor. Solo quien haya estudiado muy á fondo todas sus obras, quien viva por decirlo así en la intimidad de su talento, puede conocer en todas sus facetas el pensamiento grandioso que domina en esta composicion: no basta para ello haber leído el prólogo que la precede, es menester lo repetimos, haber leído todas sus obras y especialmente los admirables prefacios de sus dramas. Victor Hugo representa un sistema social, una filosofía nueva, profunda, la que á su parecer reclama este siglo en que vivimos: cada una de sus obras es una piedra mas en el inmenso edificio de que él es juntamente el arquitecto y el albañil, pues suyos son el pensamiento y la ejecución. Sus obras son como los antiguos gorgíficos: es menester estar iniciado en ciertos misterios para comprenderlas: es menester estar de acuerdo con el autor en ciertas ideas fundamentales, y estas ideas no se hallan todas en una sola de sus obras pues cada una de ellas forma una parte de un conjunto, que aun no está terminado, ni lo estará hasta que Victor Hugo declare al mundo que ya ha puesto la última piedra en su edificio. Hasta entonces ni se puede, ni se debe formar un juicio definitivo sobre el genio de este escritor.

De todas las obras de Victor Hugo publicadas hasta

el día, podemos sacar una consecuencia, y es que desde Shakespeare acá nadie ha comprendido mejor que este escritor la alta mision del poeta dramático. Victor Hugo no habla solamente á la sociedad como Molière, ni mucho menos á un partido como Voltaire: Victor Hugo, como Calderon, como el poeta ingles ya citado habla á la *humanidad*, al *hombre*. Obsérvese como se va ensanchando el círculo que representa la influencia moral de estos diferentes poetas. Entusiasmarán las obras dramáticas de Voltaire mientras queden vestigios del *partido* á quien hablaba aquel grande hombre; las de Molière, mientras sea la sociedad lo que era en tiempo de Luis XIV; las de Calderon, Shakespeare y Victor Hugo mientras haya hombres en el mundo, porque, lo repetimos, el primero hablaba á un *partido*, el segundo á la *sociedad* y los otros tres al *hombre*.

Otra consecuencia puede sacarse de lo que va escrito de este artículo, y es que hasta ahora su autor no ha hablado una palabra de lo que anunciaba su título esto es del *Angelo*. Pero en efecto ¿qué pudiéramos decir de él? ¿Que ha sido muy aplaudido en Madrid? Nadie lo ignora. ¿Que nuestros actores lo han ejecutado admirablemente? Todos los periódicos lo han repetido. ¿Que se ha impreso en una edicion muy linda cual no ha podido obtenerla ninguno de los dramas originales recientemente representados en estos teatros, y que se vende á 8 rs. en la librería de Escamilla? Ahí están los anuncios del Diario que dán fé de esta verdad. En cuanto á hacer un análisis, no nos atrevemos á ellos ademas, aun cuando quisiéramos hacerlo, no cabria en el poco espacio que nos falta para llenar este número: acaso en otros digamos lo que llamamos en este.

E. DE O.

AVISO.

Los Señores Suscritores del periódico titulado *El Artista* cuyo abono termina á fin del presente mes, que gusten renovar su suscripcion, se servirán hacerlo á tiempo para no experimentar retraso en el recibo de sus respectivos números.

ESTAMPA:

Bajo-relieve de Toledo.

Los editores, EUGENIO DE OCHOA. — FEDERICO DE MADRAZO.

IMPRENTA DE I. SANCHA.

EL ARTISTA.



W. H. de Madrid

ANTAÑO.

Que es una afrenta para los españoles poseer bellos monumentos; porque con ellos es indisciplinable la ignorancia. — La veneracion que prestan los toledanos á su *transparente*, á sus *claustros* y á sus *gigantones* teniendo bellísimos sepulcros, portadas admirables, y bajo-relieves y cuadros de mucho mérito, es cosa que no se puede explicar sin admitir que el mal gusto en las artes es una peste cuyos miasmas hacen mas impresion en las almas comunes que la armonía de la belleza y el buen gusto. = P. DE M.

ANGELO.

Con estas misteriosas palabras con que se ha anunciado este drama en los carteles de teatros explica el gran poeta Victor Hugo el pensamiento fundamental de su obra y á fé que para penetrar su verdadero sentido, es preciso estar muy familiarizado con el genio peculiar de este escritor. Solo quien haya estudiado muy á fondo todas sus obras, quien viva por decirlo así en la intimidad de su talento, puede conocer en todas sus facetas el pensamiento grandioso que domina en esta composicion: no basta para ello haber leído el prólogo que la precede, es menester lo repetimos, haber leído todas sus obras y especialmente los admirables prefacios de sus dramas. Victor Hugo representa un sistema social, una filosofía nueva, profunda, la que á su parecer reclama este siglo en que vivimos: cada una de sus obras es una piedra mas en el inmenso edificio de que él es juntamente el arquitecto y el albañil, pues suyos son el pensamiento y la ejecución. Sus obras son como los antiguos gorgíficos: es menester estar iniciado en ciertos misterios para comprenderlas: es menester estar de acuerdo con el autor en ciertas ideas fundamentales, y estas ideas no se hallan todas en una sola de sus obras pues cada una de ellas forma una parte de un conjunto, que aun no está terminado, ni lo estará hasta que Victor Hugo declare al mundo que ya ha puesto la última piedra en su edificio. Hasta entonces ni se puede, ni se debe formar un juicio definitivo sobre el genio de este escritor.

De todas las obras de Victor Hugo publicadas hasta

el día, podemos sacar una consecuencia, y es que desde Shakespeare acá nadie ha comprendido mejor que este escritor la alta mision del poeta dramático. Victor Hugo no habla solamente á la sociedad como Molière, ni mucho menos á un partido como Voltaire: Victor Hugo, como Calderon, como el poeta inglés ya citado habla á la *humanidad*, al *hombre*. Obsérvese como se va ensanchando el círculo que representa la influencia moral de estos diferentes poetas. Entusiasmáran las obras dramáticas de Voltaire mientras queden vestigios del *partido* á quien hablaba aquel grande hombre; las de Molière, mientras sea la sociedad lo que era en tiempo de Luis XIV; las de Calderon, Shakespeare y Victor Hugo mientras haya hombres en el mundo, porque, lo repetimos, el primero hablaba á un *partido*, el segundo á la *sociedad* y los otros tres al *hombre*.

Otra consecuencia puede sacarse de lo que va escrito de este artículo, y es que hasta ahora su autor no ha hablado una palabra de lo que anunciaba su título esto es del *Angelo*. Pero en efecto ¿qué pudiéramos decir de él? ¿Que ha sido muy aplaudido en Madrid? Nadie lo ignora. ¿Que nuestros actores lo han ejecutado admirablemente? Todos los periódicos lo han repetido. ¿Que se ha impreso en una edicion muy linda cual no ha podido obtenerla ninguno de los dramas originales recientemente representados en estos teatros, y que se vende á 8 rs. en la librería de Escamilla? Ahí están los anuncios del Diario que dan fé de esta verdad. En cuanto á hacer un análisis, no nos atrevemos á ellos ademas, aun cuando quisiéramos hacerlo, no cabria en el poco espacio que nos falta para llenar este número: acaso en otros digamos lo que llamamos en este.

E. DE O.

AVISO.

Los Señores Suscritores del periódico titulado *El Artista* cuyo abono termina á fin del presente mes, que gusten renovar su suscripcion, se servirán hacerlo á tiempo para no experimentar retraso en el recibo de sus respectivos números.

ESTAMPA:

Bajo-relieve de Toledo.

Los editores, EUGENIO DE OCHOA.—FEDERICO DE MADRAZO.

IMPRESA DE I. SANCHA.

EL ARTISTA.



Real. de Madrid.

ANTAÑO.

